



Los italianos de La Paz hacen un alto en sus actividades para disputar un partido de fútbol. Arriba Chiochetti, Berto, Caborelli, De Col, Vaccari, Torello, Abajo: Bertoldo, Barbera, Barbato, Magnani, y Forno. Archivo: Gaetano Barbato Lah, 2006



Gaetano Barbato rodeado por su esposa Gabriela y sus hijos Gaetano y Olga. Archivo: Gaetano Barbato Lah, 2006.



José Barbato y familia, Cochabamba, 1942. Archivo: Gaetano Barbato, 2006.

### GAETANO, EL EMPRENDEDOR NAPOLITANO

A Gaetano Barbato no lo obligaron a marcharse lejos con las tropas de Garibaldi. Él siempre estuvo seguro de las acciones que tomaba y esta decisión temeraria no iba a romper la regla de sus convicciones más íntimas. Viajar al otro extremo del mundo para involucrarse en una causa independentista y aparentemente ajena más parecía una idea extravagante que algo razonable. Sin embargo, Gaetano se fue sin decir nada para luego regresar con la frente en alto y el deber cumplido después de haber combatido en los campos de batalla americanos al lado del afamado líder nizardo. Con el correr de los años este hecho particular pasaría a la vitrina familiar de las anécdotas. Allí descansa y no será hasta que alguno de los descendientes la abra para luego exponerla con entusiasmo.

Pero la vida del intrépido napolitano no se estancaría en los relatos ostentosos del pasado. Él tenía un negocio para administrar y de su buen manejo dependía la situación de la familia entera. Movedizo y ágil, como las laboriosas termitas obreras dentro de su nido, Gaetano condujo las riendas de la empresa textilera de la mejor manera posible. Sin duda alguna, él había nacido para ser comerciante y en esa actividad debía apoyar todo su esfuerzo y talento. Así, en su natal Capo di Chino, organizó la tienda exportadora de casimires.

Con el negocio establecido y marchando a paso de locomotora, los primeros pedidos de mercancía provenientes del exterior empezaron a tocar la puerta. A los Barbato les faltaban manos para cubrir las solicitudes que llovían a cántaros y Gaetano empezaba a desesperarse. Un día, mientras la rutina se deslizaba impasible por los pasillos del negocio, llegó un pedido desde un país nunca antes nombrado en aquella casa, la solicitud de mercadería la firmaban unos italianos residentes en Bolivia. El ágil mercader hizo los trámites pertinentes para enviar la mercancía solicitada. Al cabo de unos meses recibió una nueva misiva en la cuál se lo conminaba a rebajar el precio de los casimires enviados. Los supuestos compradores, ávidos de conseguir una ganancia a como de lugar, empleaban arteramente un chantaje para obtener el consentimiento del comerciante napolitano. Gaetano debía reducir el precio inicial de los casimires o caso contrario estos no serían retirados de las instalaciones de la aduana boliviana. Molestó y con la cabeza roja de la ira, el ex partidario de Garibaldi convocó con premura a sus dos hijos para que juntos puedan resolver de una vez por todas, aquel meollo molesto como una piedrecilla en el zapato. La solución no tardó en llegar. José y su hermano Gaetano deberían trasladarse hasta Sudamérica para culminar aquel negocio maltrecho y fastidioso.

Los dos jóvenes italianos zarparon en el vapor "Vittorio Emanuele" decididos a recuperar la mercancía estacionada. Ambos llegaron a la localidad portuaria de Arica para luego emprender el camino hacia Bolivia por vía terrestre.

## Los casimires se venden y los italianos se quedan

Los hermanos Barbato no hallaron más escollos en su camino y, pragmáticos como eran, lograron destrabar la venta de los mentados casimires. Gaetano podía respirar tranquilo, sus hijos habían cumplido a cabalidad con la empresa asignada. Pero la dicha duró poco en Nápoles, los dos jóvenes iban postergando la fecha de su regreso mientras el padre empezaba a desalentarse a medida que transcurrían cansinos los días en el calendario. Al final, José y el joven Gaetano optaron por descubrir qué tipo de vida les esperaba lejos de casa.

Ambos habían crecido bajo las normas espartanas de su padre, y de él habían heredado el oficio y la habilidad para vender casimires. José partió hacia los templados y acogedores valles cochabambinos, mientras que su hermano menor buscó fortuna en las presuntuosas calles de la capital boliviana. José Barbato, fiel a la tradición de su familia, instaló un almacén dedicado a la venta y confección de telas, logrando de esta manera una posición óptima dentro del comercio cochabambino.

Gaetano, en cambio, vislumbró la posibilidad de generar ganancia y estabilidad laboral ingresando al rubro del transporte. En Sucre conoció al italiano Angelini y con él adquirieron una flota de camiones de la reconocida marca Inter. La sociedad entre ambos italianos dio sus frutos por un tiempo determinado. Los camiones que Gaetano había adquirido de la casa importadora Mc Donald, transportaban constantemente gasolina desde la plácida capital boliviana hasta la ignota población de Camiri. Así, el menor de los Barbato pudo conquistar un mercado seguro y en esa misma vecindad de casonas elegantes y apellidos de prosapia rebuscada, encontró el amor en la cálida y afable figura de Gabriela Lah. En esta tierra, el napolitano de Capo di Chino tendrá dos hijos: Gaetano y Olga.

Confiado en su habilidad y seguro de lograr grandes proyectos, Gaetano y su familia boliviana parten rumbo a la ciudad de La Paz. Antes, en esta urbe de montañas ocre y callejuelas angostas, Gaetano había tenido la oportunidad de conocer a la señora Brígida Della Torre, dama italiana de excelso respeto en el medio paceño. La señora Della Torre gozaba del aprecio de la población local gracias a su espíritu generoso y caritativo para con la gente necesitada. Ella arribó a Bolivia junto a su esposo, el comerciante Domingo Soligno.

Reunidos con la intención de crear una verdadera empresa textilera, Brígida Della Torre, Domingo Soligno, Gaetano Barbato y Agustín Forno acordaron estrecharse las manos para sellar un pacto fraterno a fin de establecer el negocio que les acarrearía ganancias importantes. Durante la gestación del proyecto, las diferencias entre los socios italianos afloraron súbitamente produciéndose rencillas que terminarían con la salida definitiva de Gaetano y Agustín Forno. Soligno continuó solo la ejecución del proyecto logrando levantar los cimientos del que a la postre sería el Lanificio Boliviano Domingo Soligno.

Contrariado, pero con la firme decisión de no bajar la cabeza ante la adversidad, Gaetano emprende una nueva actividad, esta vez dentro del campo de la construcción. La Paz, ciudad que prestaba calido hospedaje al italiano y su familia, iniciaba por esa época –comienzos de la década del 30– una expansión demográfica y territorial de proporciones interesantes. Los valles del sur, hasta ese entonces lugar preferido de los paceños para encontrar diversión en sus tibias y acogedoras campiñas, se poblaban de a poco mientras los cerros aledaños veían prosperar cientos de diminutas casitas a sus pies. La urbe crecía lentamente y Gaetano quería contribuir con este proceso.

Haciendo uso de su ingenio y adjudicándose un pedazo de tierra en las postrimerías de la zona de San Pedro, el emprendedor napolitano inicia el diseño y la posterior construcción de la urbanización Bello Horizonte. Gaetano era consciente de su talento y creatividad, por lo tanto, pensaba obtener ganancias compartidas haciendo un buen uso de lo que tenía a mano. Así, la ciudad se beneficiaría con la ampliación de su espectro urbano gracias a la iniciativa del italiano. Algo similar ocurriría en las pampas gélidas y áridas de El Alto, región donde Gaetano construyó una nueva urbanización –Tilata–, allá por los años cuarenta, cuando esa urbe era apenas una extensión ventosa del inmenso altiplano paceño.

Sin embargo, dentro de su ser había un sentimiento que lo incitaba a recorrer antiguos caminos y recordar viejas sensaciones. Gaetano no pudo con su genio y la tradición familiar se impuso nuevamente. Era necesario abrir un almacén para confeccionar y vender casimires. De esta forma, Gaetano Barbato hilvanó su historia lejos de la vitrina familiar de Nápoles dejando como herencia para sus descendientes una verdadera muestra de valor y tenacidad.